

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Octubre 2006 - Número 2

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Fahrenheit 451: ¿el fin de la lectofilia?

Hoy quisiera detenerme en un punto que ha sido motivo de observación y reflexión sesuda por parte de quien escribe, y que gira en torno a la pregunta que sigue:

¿por qué nos transformamos en lectores compulsivos?

Recordarán los lectores la novela en la que Ray Bradbury imaginó un mundo donde un cuerpo de bomberos provocaba incendios para destruir los libros, esa "laca que carcomía los cerebros de una sociedad complaciente". Esta referencia dispara la búsqueda para lograr responder al interrogante que abre esta columna: ¿por qué nos transformamos en lectores compulsivos?

Yo no recuerdo ya cuándo comencé a sufrir -y utilizo este verbo con toda su carga patológica- este mal que me ha llevado muchas veces a vivir situaciones críticas. Podría fechar el inicio allá por 1980, cuando un tío mío (ignorando en su buena fe en qué me convertiría con los años) se apareció en mi casa con un ejemplar de *Sissí y el fugitivo*. Devoré febrilmente las ciento y tantas páginas que la Biblioteca Billiken en su Serie Roja publicaba para las pequeñas lectoras, y no paré hasta conseguir la saga completa: *Sissí joven*, *Sissí pequeña reina*, *Sissí emperatriz*, *Sissí frente a su destino*. Confieso que me decepcionó un poco *Sissí en el Tirol*, libro que no formaba parte de la colección Billiken (iqué sabio era Don Constancio Vigil!) y que no era sino un intento artero de Bruguera para "colgarse" del éxito que las aventuras de la joven monarca habían conseguido a costa de calar hondo en los espíritus infantiles como el mío.

Siguió a este "despertar" literario, la búsqueda de *Platero y yo*, de Juan Salvador Gaviota, de las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer, de las aventuras de Hércules Poirot, para pasar luego a García Márquez, su epígono Isabel Allende, el Cortázar cuentista y Edgar Allan Poe.

Miles de chanchitos fueron masacrados en la búsqueda de monedas que pudieran cubrir mis

necesidades de leer, y a veces pienso en la cantidad de dinero malgastado en inversiones literarias que pudieron haber sido el equivalente al efecto Tequila en materia de capital cultural.

En muchas ocasiones, la fiebre de acumulación de títulos varios en muchas ocasiones me puso en riesgo de perder incluso mi propio espacio habitacional. He peleado codo a codo con los cinco tomos de *Los Miserables* publicados por Ediciones Jackson, con *Los demonios* de Dostoievski, con las tragedias completas de Shakespeare y el *Papá Goriot* de Honoré de Balzac. Cegada por el vicio, dilapidé cuatro sueldos y un aguinaldo en una colección infame de *Historia de la Literatura Universal* que dirigió un ignoto madrileño llamado Martín Alonso. Aún conservan la pureza virginal del celofán los Boletines N° 5 y N° 9 del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, los cuales llegaron de yapa acompañando el envío de unos textos de Octavio Paz y un estudio sobre la novela naturalista en la Argentina del '80. En fin, podría hacer un listado interminable de las muchas veces que la adicción a la lectura me llevó a adquirir cosas tales como los soporíferos *Recuerdos literarios* de García Merou, o un pseudo estudio llamado *Edad Real*, realizado por un pseudo psicólogo norteamericano interesado en explicar la pseudo crisis de los 30 años.

Vuelvo entonces al interrogante que me planteara al inicio: ¿qué hacer, querido lector, para remediar esta terrible y voluntariamente negada enfermedad que silenciosamente nos consume? ¿Será necesario exhumar a los bomberos de Bradbury? ¿No es acaso ésta una pregunta que debería estar haciéndose a usted mismo, mientras despliega el N° 2 de ODRADEK?

Vanesa Pafundo

El asombro

Siempre pasa. Se empieza por contar una trivialidad, se espera la respuesta del otro, se continúa sin ganas. O quizá se deja la historia por la mitad y se la vuelve a comenzar. Una palabra lleva a la otra, pero la sensación es que todas no llevan a ninguna parte. La palabra sensación es precisa, porque al fin son esas palabras las que se extienden, las que -entre una cosa y otra- organizan la vida.

Todo esto, se dirá, son palabras. Pero se trata de otra cosa. Hace muchos años pensaba que, en cada momento, se podía virar: ahora estoy menos seguro. Inútil, pero no imposible: hablamos todo el día. Voces que se emiten, por diversos medios, sin descanso. Hay un muro de palabras para descansar.

Todo esto, se dirá, son palabras. Pero se trata de otra cosa.

Es sabido que, entre nosotros, hay pocos cuentos para decir, pocos efectos que realmente afecten. Ya pasaron los años suficientes, ya se sabe que nuestra vida es irreversible. Esto no tiene tampoco ninguna importancia, es una ilusión producida por tantas epopeyas de la libre empresa, del libre arbitrio y del empeño personal.

Hemos visto kilómetros de películas, hemos leído millones de palabras, y la madeja no se desovilla tomándola entera. Siempre pasa, hay que tirar de una punta, insistir, llegar al nudo, cortar si es necesario.

También aprendimos que los deseos se dejan engañar por un cambio de palabras, por un juego de azares. Por eso, este es un buen momento para tirar del hilo, para hacerse esas preguntas que siempre hemos repetido en forma de una respuesta desmedida.

Germán García

Una columna

Cuando me ofrecieron escribir una columna para esta revista, realmente me puse contento. Siempre fue mi sueño tener un lugar en el cual poder expresar mis ideas. Claro que, al ser mis ideas tan acotadas, qué mejor que una columna en la cual estoy limitado a escribir unas pocas palabras sobre algún tema. Y más para un tipo como yo, que se desanima fácilmente cuando ve que las cosas no avanzan. Acá veo como ya casi estoy llegando al final de mi columna y aun no empecé a hablar del tema que quería hablar.

Los argentinos seguiremos siempre mirando hacia afuera.

Claro que no son todas rosas. Tengo que tener, al menos una oración tan densa en su contenido que valga la pena ser extraída y puesta en algún lado con una tipografía más grande. Una oración importante como por ejemplo “los argentinos seguiremos siempre mirando hacia afuera”, que tenga un cierto espíritu crítico. Y el final debe ser algo que deje al lector pensando. Bah, no siempre.

Mariano Quintero

Un lugar para no ir

La luz del mediodía pegó contra la vereda y se apoyó de plano sobre el ventanal. El restaurante, con sus quietudes y sus movimientos, quedó de una sola vez erguido y adherido al vidrio. Adentro, la mujer sintió un poco de frío en el codo y cambió el brazo de lugar. Aprovechó para espiar la mirada de su marido. El hombre se sacó los ojos de encima. Los suyos y los de ella. Los suyos, para que no se los viera nadie. Los de ella, para que no le preguntara de nuevo lo mismo. Si igual no iba a entender nada...

Tal cual. Por mucho pan que se pusiera en la boca, no iba a entender nada de lo que el hombre, sin explicar, pedía. Pero la mujer no podía dejar de llenarse la boca y preguntar una y más veces: -¿Adónde es que te querés ir? Y en cada nueva pregunta acentuaba distinto las sílabas. Esta última vez le puso más énfasis a las dos primeras. Le pareció que así cambiaría el clima de la tarde y el tiempo volvería a ser redondo como en el reloj.

- Adónde es que te querés ir - le preguntó otra vez y se le apretaron las dos últimas letras que sonaron como una sola.

-¡Ahí! -se impacientó él. Y señaló para afuera con el cigarrillo envuelto en unos dedos parcos. Después hizo ese gesto tan feo: se pasó la lengua por los dientes como chupándose la saliva de las encías, ese gesto que era como la señal de quien ya no quiere caer ni bien ni mal.

La mujer se puso más pan en la boca porque estaba empezando a entender y no quería. Midió el tiempo que todavía tardaría el mozo para traerles la comida y

corrigió la altura de su cuello para que si alguien pasaba en ese momento por la calle pudiera decir: esa mujer está en lo cierto.

-¡Ahí, ahí, ahí! -lo imitó entonces la esposa, animándose a una burla-. Que yo sepa ahí no hay nada. ¡Ahí hay una plazoleta con el monumento de un avión en el medio! Ni un yuyo hay. Un avión de cemento puesto en una plataforma de cemento, todo escrito con tiza, meado por los perros del barrio y que se cae a pedazos...!¡Eh...! Eso es todo lo que hay, nada más. ¡Hasta dónde querés llegar, si ni siquiera te va a aguantar!

Esta mujer sí que tiene mala suerte: en todo el tiempo que le llevó jactarse de su razonamiento, justo no pasó nadie. Es que no es muy transitado por ahí. Sólo pasan carros a la nochecita.

-Y bueno, no me importa. Me voy lo mismo. Todos tenemos derecho a volar.

-¿Y los chicos? -Arremetió ella como diciendo “A ver ...?”.

-Justamente, es por ellos. Para que vean que su padre todavía tiene ganas de volar. Que vengan. Que venga mi vieja también. Vengan a verme todos los días. Pero esto es lo que necesito.

En eso se olió la transpiración ácida del mozo, un andar directo que se detuvo al lado de la mesa, el roce de un vuelto en monedas.

-El matambre para quién.

-Para la señora.

Nora Martínez

Mente en blanco

¿De qué me habla este tipo? Dijo algo... no sé, me lo perdí. Me perdí. Ma'sí, que siga hablando. Uy, no me di cuenta y me colgué mirándole un ojo... ahora no puedo mirarle los dos... se va a avivar que le miro un solo ojo... a ver... no, no puedo mirarle los dos a la vez. Bueno, voy a hacer así: le miro uno un rato y después le miro el otro. No, no. Así es peor, le miro siempre el mismo, ¿pero cuál? Bueno, ese. Se sonríe... ¿de qué se reirá? Yo me río también y listo... Tiene mal el flequillo... se lo acomoda. ¿Notó que le miraba el flequillo? Entonces se avivó de que le miro el ojo. ¡Pero si nunca tengo problema en mirar los dos ojos a la vez! Voy a pensar en otra cosa que no sea el ojo. No, no puedo. Cuando salga voy a saltar esa alfombrita y gano diez puntos. Y voy a tocar el escritorio con un pie. Y voy a salir dando un paso cortito y dos largos, uno cortito y dos largos, y si llego así hasta la puerta, gano veinte. Soy la mejor del mundo si ahora, ya mismo, estiro el brazo y toco esa birome. ¡Sí! ¡Hago lo que quiero, hago lo que quiero! Si en la próxima frase no usa la letra “i”, sigo ganando... ¡¡“Responsabilidad” dijo!! Perdí. Con el índice voy a llevar el ritmo de “Cómo estamos hoy, eh”. Mejor le voy a tocar una que sepa... “Blanca y radiante va la novia” le toco... Me parece que la sacó... Mmmmh... me mira raro con el ojo... ¡Me mira un ojo! no toco más. Me voy a rascar como para disimular. Me voy a rascar el ojo. ¿Tendré una lagaña? ¡¡Oia, siiii! ¡¡Qué vergüenza!! Bah, tampoco es para tanto... total, todos nos vamos a morir... ¡y yo preocupada por una lagaña! Se calló. Tengo que decir algo, tengo que decir algo, tengo que

.....
- Sí, acepto.
.....

Salto la alfombriiitaaa... y me voy: un paso cortito y dooooooos laaaargos, un paso cortito y doooooos laaaaargos....

Yanina Bouche

Tradiciones

Cuando Shutsai pase los dieciséis otoños su madre deberá buscarle un pretendiente. Así sucede con las niñas tratándose de la tercera hija mujer. Las dos primeras, en cambio, pueden elegir libremente y ya lo han hecho.

La madre de Shutsai es la encargada de velar por el cumplimiento de esta tradición. Y para no deshonorar a la familia entregando una esposa que pudiera ser repudiada, la enseña a diario en el cumplimiento de sus futuras obligaciones conyugales. La ausencia del padre de la familia ha duplicado las responsabilidades maternas para con la menor de las hijas.

La jornada de Shutsai empieza muy temprano. Antes que salga el sol la niña se encarga del aseo del hogar. Unas horas más tarde la morada debe encontrarse libre de toda impureza. Es entonces el momento de preparar el desayuno para su madre. Dispone en pequeños cuencos un riquísimo *tsurenaku* con unas tiritas de *medama* para realzar el sabor. En un platito aparte sirve cuatro *nagaruru* recién cortados que acompaña con una *hamaguri* redonda que utiliza solamente como decoración. Una taza de *akikaze* y un vaso de agua tibia. Después del desayuno le proporciona a su madre una sesión de masajes *kagiri* energizantes. La ayuda a vestir, le acomoda el peinado coronando su cabeza con un *monohoshi* pequeño.

Es entonces cuando comienza la instrucción específica. Shutsai se dedica a las tareas en el jardín bajo la dulce supervisión de su madre que sigue atentamente sus

Cada hebra de pasto, cada arbusto y cada flor encierran un mensaje que debe ser descifrado sin prestarse a ambigüedades o falsas interpretaciones. La mujer honorable pone en el cuidado de su jardín el mismo celo que en su propia honra.

Tela para cortar

Trás han quedado los tiempos en los que un simple pequeño inversor decidía dedicarse a la industria textil y lo hacía sin pensar demasiado. Es que la complejidad de este mercado hace que cualquier inversión de más de dos mil dólares requiera de una estructura de marketing para sustentarse. Desde el advenimiento de los países monstruos, con sus enormes macroeconomías basadas en los miserables consumos de los que menos ganan, las reglas del juego han cambiado. La desigualdad de la PyME que hace todo lo posible para pagar sus impuestos frente al hiperindustrial de la tela que evade y que le exige al Estado que no lo presione porque si no se va del país, pinta un panorama oscuro en este mercado de principios del nuevo siglo. Mientras los distintos gobiernos sigan haciendo la vista gorda a esta pelea desigual, todo va a seguir igual. Sólo nos resta esperar que las cosas cambien, en la industria textil y en nuestro día a día.

Mariano Quintero

movimientos a través del ventanal de la habitación del té donde se encuentra recostada.

Cada hebra de pasto, cada arbusto y cada flor encierran un mensaje que debe ser descifrado sin prestarse a ambigüedades o falsas interpretaciones. La mujer honorable pone en el cuidado de su jardín el mismo celo que en su propia honra. Como dijo el célebre poeta Shiki: "Dime cómo crecen las plantas de tu jardín y revelarás el contenido más profundo de tu corazón."

Los preparativos de un almuerzo frugal que bien puede ser una sopa *tsuma*, una tarta con *shiroku* verde o amarillo, o una *chikara* agridulce, interrumpen las tareas de jardinería que serán retomadas a media tarde.

Finalizadas las labores en la cocina, mientras la mamá de Shutsai descansa, ella se ocupa de la ropa, borda sus *kimonos*, zurce sus *inazuma* (y los de su madre, claro) cose sábanas, manteles y cortinas para su futuro hogar, y hasta pañuelos con monogramas imaginarios para su futuro marido, de quien aún no conoce sus iniciales.

Despierta a su madre con unos masajes *ito* relajantes, cubriéndole el cuerpo con ungüentos aromáticos y vuelve a trabajar en el jardín.

Se entretiene preparando la cena de fideos de *odoroku* o los más tradicionales *otoshi-mishu* pero fritos en aceite de calamar.

Después de comer repasa las lecciones de urbanidad y la madre la alecciona con amor en cuestiones íntimas, vinculadas a la zona más recóndita de los encuentros entre esposos.

El día del cumpleaños número catorce de Shutsai su mamá no responde a la hora de despertarse. El cuerpo sin vida es velado cuatro lunas y enterrado según el ritual establecido por los antepasados.

Shutsai asistió con su tocado *kuchitsuki* y su *shitari* en la gama del morado. Volvió a su casa. Se preparó un *takotsubo* (1) bien cargado y se sentó en la habitación del té frente al ventanal.

(1) almizcle y jengibre agitado (no batido).

Roberto Garriz

Narcos personales

Trás quedaron los tiempos en los que la Justicia ordinaria juzgaba los delitos de tenencia de drogas para consumo personal. Es que la complejidad del mundo del hampa hace que cualquier adicto que quiera comprar más de dos "porritos" (como llaman a los cigarrillos de marihuana) requiera del sustento de algún grupo de narcos para que lo ayuden a protegerse en semejante situación.

Desde el advenimiento de los grandes países productores de drogas, con sus enormes macroestructuras delictivas basadas en la explotación y el

sufrimiento de los pobres, las reglas del juego en el mundillo de la droga han cambiado.

La desigualdad del chico pobre, de la villa, adicto al paco (la llamada "droga de los pobres") frente al hijo de una familia de clase media-alta, que consume cocaína (la droga del poder) y que le exige a su proveedor que le entregue droga de buena calidad porque si no le compra a otro, pinta un panorama oscuro en la juventud. Mientras los distintos gobiernos sigan haciendo la vista gorda a esta pelea desigual, todo va a seguir igual. Sólo nos resta esperar que las cosas cambien, en la Justicia de este país y en nuestro día a día.

Mariano Quintero

ADD

Ahora me dicen que tiene ADD. Déficit atencional. Que puede ser una patología, si está comprometido el funcionamiento neurológico. O también puede ser la manifestación de otros conflictos. Pero que eso no es una enfermedad. Yo sé que se puso de moda tener hijos hiperactivos. También sé que estas últimas generaciones de padres no se parecen en nada a las anteriores: somos débiles, permisivos, ambiciosos. Pretendemos que los pibitos aprendan a leer a los dos años, pronuncien en un perfecto inglés a los tres y que a los cuatro ya tengan claro en qué rama del arte, la ciencia o los deportes van a destacarse. Mi hijo empezó a caminar a los diez meses. Tiene un vocabulario más amplio y más rico que la mayoría de las maestras. Y a los tres años ya empezó a insultar con naturalidad. Incluso empezó a tratarme de pelotudo antes de cumplir los cuatro años. Desde los cinco lee de corrido y navega por internet. Pero ahora me dicen que tiene ADD. Y que por eso es así: inteligente y medio salvaje. Que por eso es un pequeño dictador. Un torbellino. Por eso el movimiento continuo, por eso la agresión verbal y física casi permanente. Pierde la paciencia muy rápido. Pero también es cariñoso, sensible. Nunca se burla de mi gusto por la poesía lírica. Y escucha conmigo a Silvio Rodríguez y a Zitarrosa sin acusarme de anacrónico o de psicobolche. Por supuesto que ya no soy psicobolche. Pero tal vez un poco

Mi hijo empezó a caminar a los diez meses. Tiene un vocabulario más amplio y más rico que la mayoría de las maestras. Y a los tres años ya empezó a insultar con naturalidad.

anacrónico sí.

Sólo consigue dormirse cuando se le agotan las fuerzas, cuando ya no puede ni mover los dedos de los pies. Si todavía conserva un poquito de energía, por más que sean las doce de la noche, corre a la gata alrededor de la mesa del comedor o salta en las camas tratando de golpear el techo con la cabeza. Tengo que aclarar que los techos de mi casa son muy altos, están a cuatro metros del piso. Cuando se duerme gira en la cama, se estira, y su cuerpo es tan ancho y tan largo que no parece el cuerpo de un chico, parece un adulto. También sus contestaciones son de adulto. Puede invitar a pelear a un taxista, insultar a un colectivero, pegarle un palazo en la cabeza a cualquiera. Duerme boca abajo, abrazado a su osito, y a mí me vence la tentación de acercarme y revolverle el pelo con mucho cuidado. Tiene el sueño liviano. “Que descanses, Ponchi”, le digo. Y me voy a acostar pensando que ese maldito salvaje es mi hijo. Que siempre estoy pensando en él. Y que, en realidad, aunque yo no crea en la existencia de la felicidad, sí creo en un estado transitorio de estabilidad, de tibieza, y ese estado puedo sentirlo claramente cuando estoy con él. Y cuando juego con él. Y cuando lo extraño. Porque él es mi cachorro. Es mi chiquito.

Ariel Bermani

Ford en compañía

Las fotos muestran a Ford Madox Ford como un señor envarado, de bigotito ineludible y con una mirada algo triste o perdida, un poco incómodo con su propia figura o quizás tratando de parecer mundano y sin terminar de creerse el personaje. Quizás simplemente aparece un poco débil, o es que su figura se mezcla con la del hombre insistentemente maltratado por las mujeres en la única novela suya que he leído (y que probablemente leeré), *El buen soldado*.

Esa confusión inmediata, hace que John Dowell tenga para mí esa apariencia, tal vez porque no he visto la película que los ingleses hicieron sobre la novela, y por lo tanto no tengo otra cara para ponerle a ese narrador. Pero el conjunto de las relaciones injustificadas que provoca *El buen soldado* no termina allí; en lugar de eso, se desborda una serie de conexiones neuronales que es mejor dejar en la comodidad de lo arbitrario.

El buen soldado, por ejemplo, debería estar junto a Jane Austen por la simple razón de que, obligados a contestar acerca de ¿de qué se trata la novela?, podría decirse algo como: gente que se casa o se compromete con la persona inadecuada, malvadas mujeres que engañan a quien las ama y hombres que no pueden oponerse al deseo, vidas entregadas al sacrificio del amor sin la recompensa de ser correspondidas, secretos que deben ser develados para que nos quedemos con la boca abierta pero también para que la acción tome nuevo impulso y todo deje de ser lo que parecía ser. Y, en el caso de Ford Madox Ford, todo esto con el fondo de una clase que experimenta el pasaje y la invasión, más bien, del siglo XX. Lo demás (la complejidad de la culpa y el perdón, el castigo y el premio, las sinuosidades de esos caracteres) queda afuera y se descubre en la lectura.

Junto a *El buen soldado* también debería estar *La dama de blanco*, tal vez por las mismas razones, aunque más arbitrarias todavía. O también Conrad, pero solamente porque escribieron dos novelas juntos, en una sociedad extraña, a lo que no necesariamente debe uno asomarse y tratar de explicar.

Pero sumando a la arbitrariedad de parentescos, quizás lo más inexplicable es el placer que supone reclamarle a Vila-Matas que Ford Madox Ford no forme parte de su club de escritores-Bartleby. La extensa nota al pie para una literatura del No que es *Bartleby y compañía*, está repleta de aquellos que se negaron a seguir escribiendo, los que se sometieron a la imposibilidad de la escritura, los que se pasaron la vida preparando un libro que nunca llegó a escribirse, los que se condenaron al mutismo como única posibilidad, o finalmente los autores de un solo libro.

Ford Madox Ford no entra, a primera vista, en ninguna de estas categorías y fue en verdad un escritor casi inagotable: ensayos, poesía, memorias, crítica; un promotor de la literatura y un amigo de escritores a los que luego publicó. Sin embargo, por sumar arbitrariedades, tendría que formar parte de esa lista.

Tal vez solamente porque el narrador de Vila-Matas empieza diciendo “nunca tuve suerte con las mujeres” y claramente John Dowell tampoco, o porque mi primer contacto con el libro fue acompañado del sospechoso comentario “dicen que es un escritor de un solo libro”, o porque no he sumado otras lecturas a la de *El buen soldado*, Ford Madox Ford es un Bartleby oculto, y de la mejor manera, en el autoengaño de la proliferación.

María Martha Gigena